

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Con la sabiduría de la Cruz: Biografía de Santa Ángela

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | memoria

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Gloria Gamito

Con la sabiduría de la Cruz

Biografía de Santa Ángela

el paseo, 2026

© Gloria Gamito Baena, 2026
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2026

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

1.ª edición en el Paseo editorial: octubre de 2026

Fotografías cedidas por el archivo de las Hermanas de la Cruz.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés
Corrección: Alejandro Gago
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N.: 978-84-19188-91-5
DEPÓSITO LEGAL: SE-3995-2026
CÓDIGO THEMA: DNB

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
SIGNIFICADO DE LAS PRENDAS QUE COMPONEN EL SANTO HÁBITO	17
LAS ALPARGATAS	19
Una niña pobre y muy especial	21
Oficiala en un taller de calzado	25
El santero de Sevilla	29
El confesionario del padre Torres	34
LA TÚNICA INTERIOR	39
Lo tendrá en cuenta la próxima vez	41
¿Carmelita o Hija de la Caridad?	45
Nuevo apellido: De la Cruz	49
La visión de madre Sacramento	53
EL HÁBITO EXTERIOR	57
Pobre con los pobres	59
Papeles de conciencia	62
«Ángeles de este mundo»	68
La cruz y la corona	73
EL ESCAPULARIO	77
Un convento en miniatura	79
En la calle Hombre de Piedra	82
Hábitos de parda estameña	85
El rigor de las hermanas de la Cruz	89

EL CORDÓN	93
Misa, sagrario y casa nueva	95
Sor Ángela pide un regalo	98
Internado de niñas huérfanas	101
La gran «cosecha» de Jimena	105
LA CORONA	111
Una crisis inesperada	113
Dolor en el adiós al padre Torres	117
Padre Álvarez, Hermano de la Cruz y director	122
Nuestro amado y buen Cirineo	126
LA TOCA	129
Don Marcelo Spínola, director interino	131
El tercer don José	135
La misteriosa alegría de la cruz	140
Casa definitiva en la calle Alcázares	145
EL VELO BLANCO	149
La zapatera y la infanta	151
La «santa independencia»	155
Sor Ángela, peregrina en Roma	159
La compañía cumple veinticinco años	165
EL VELO NEGRO	169
Sola al frente del instituto	171
Madre cae enferma	175
Las reclaman en todas partes	179
Milagritos de madre	183
EL CRUCIFIJO SOBRE EL PECHO	189
«Pobreza, limpieza, antigüedad»	191
«Obligadas a ser como nos dicen y creen que somos»	195
«Dios se lo pague a Dios»	199
La lápida escondida	203

EL ANILLO	205
Partiendo pan para las migas	207
«En eso han dicho verdad. Yo quiero mucho a Sevilla»	212
Nueve meses «cosida» a la cruz	217
Una calle a los tres días de morir	222
CAMINO DE SANTIDAD	229
La certeza de que era santa	231
Cuando Sevilla fue Roma	239
La ansiada canonización	247
Las hermanas de la Cruz, herencia de amor	259
MADRES GENERALES DE LA COMPAÑÍA DE LA CRUZ	269
BIBLIOGRAFÍA	271

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*A las hermanas de la Cruz,
por su confianza y su cariño.*

A Gloria y a Ángela, mi motor.

A Alba, Bruno y Juan, mi alegría.

A mis padres y a Antonio, in memoriam.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Prólogo

Hay vidas, historias y acontecimientos de personas que seducen por su sencillez y sorprenden por su vida de extraordinarias virtudes y vivencias sobrenaturales. Como seduce y sorprende la vida de Santa Ángela de la Cruz. De ahí que podamos afirmar que era una mujer fiel a Jesucristo y de la que siempre podemos aprender ejemplares lecciones de humildad, de una vida consagrada al amor de Dios y al prójimo, con una bondad y caridad que le brotaban de lo más profundo de su corazón.

Santa Ángela de la Cruz, gastada por entero en el servicio apostólico desde su gran amor a Dios y al prójimo, fue siempre un estímulo para el bien. Se olvidaba de su propia cruz para poner sobre sus hombros la carga pesada de los demás, no solo de los pobres sino también de sus queridas hijas, las Hermanas de la Cruz, a las que sirvió y alentó con innegable dedicación durante todos los años de su vida.

Si la fe nos hace alumnos de Cristo, la esperanza nos acerca a Él, redentor y mediador nuestro, y la caridad nos hace sus discípulos y amigos. Santa Ángela de la Cruz hizo del mandamiento nuevo, que enseñó Jesús, la norma de su vida. Dio de comer al hambriento con el pan que necesitaba y se lo endulzaba con una sonrisa permanente, que brotaba del amor que aprendía en el Corazón de Cristo.

La caridad de Cristo nos apremia a vivir para Él y con Él al servicio de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Esta caridad, que es a la vez amor a Jesús y al prójimo, representa la condición para ser amados por el Padre: «El que recibe mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (*Jn 14,21*). En Santa Ángela de la Cruz, no cabe duda, tenemos en la Iglesia un ejemplo de lo que representa la virtud heroica de la caridad ejercitada a favor de los más débiles.

Escribir una nueva biografía sobre Santa Ángela de la Cruz, teniendo en cuenta que existen varias biografías, es algo que requiere de su autor mucho más que una buena redacción literaria. Exige también un conocimiento de los hechos de aquella persona a quien se trata de describir, de los escritos biográficos sobre ella, de

sus circunstancias, de la cultura, los criterios y valores que entonces estaban en auge.

Doña Gloria Gamito no solamente es una buena redactora y tiene el suficiente conocimiento sobre la vida de Santa Ángela de la Cruz, sino que, además, desde niña conoce a las Hermanas de la Cruz, a las que con el paso del tiempo aprendió a admirar y a querer. Asimismo, es una gran devota de la santidad de Santa Ángela de la Cruz, ha escrito una buena cantidad de artículos sobre ella y ha realizado diversos reportajes, todos ellos publicados en el periódico *ABC* de Sevilla. Por tanto, es sin duda alguna, una de las mejores conocedoras de la biografía de Santa Ángela de la Cruz y de la vida de las Hermanas de la Cruz.

Estoy seguro, como ya lo he experimentado personalmente, de que leer esta nueva biografía, te hará revivir la huella que Santa Ángela de la Cruz ha dejado en Sevilla y en sus hijas, las Hermanas de la Cruz, que siguen con fidelidad el carisma que el Espíritu Santo le inspiró.

TEODORO LEÓN MUÑOZ
Obispo Auxiliar de Sevilla
Titular de Mentesa

Introducción

Mi devoción a Santa Ángela se la debo a mis padres. Ellos me enseñaron a admirarla, a quererla, a encomendarme a ella, a rezarle.

Años más tarde, en 1981, el entonces director de **ABC** de Sevilla, Nicolás Salas, me encargó para el 2 de agosto, día de la fundación de las hermanas de la Cruz, un reportaje sobre los santos de la Sevilla del XIX. Este encargo sería determinante en mi vida profesional, porque me uniría para siempre a sor Ángela. Desde entonces y hasta ahora, con jubilación incluida, y con la connivencia de los directores del periódico, todos los años ese día y el 2 de marzo, fecha de su muerte, escribo en el diario sobre sor Ángela y sus hijas, las hermanas de la Cruz. A lo largo de todos estos años he tenido el honor de contar sus milagros, aprobados por la Iglesia, su beatificación y su canonización. Asimismo, he podido asistir también a la beatificación y canonización de madre María de la Purísima, la segunda santa de la compañía de la Cruz, sobre la que escribo periódicamente desde 2021 en la revista *Hermanas de la Cruz* que edita el instituto.

Durante todos estos años han sido muchos mis acercamientos al instituto de la Cruz y estos me han permitido profundizar en el conocimiento sobre la compañía y la vida de sus dos santas. Y en igual medida ha incrementado mi devoción por ellas, Santa Ángela y Santa María de la Purísima, así como por sus hijas, a las que tengo un gran cariño y admiración, ya que son evangelio andante y consuelo de pobres y enfermos.

También yo formo parte de los miles de devotos que acuden regularmente a la capillita blanca de cal a rezarle a la fundadora de las hermanas de la Cruz. Sor Ángela me ha hecho varios «milagritos» chicos, de esos que la Iglesia nunca va a investigar, pero que yo sé que se deben a su intercesión y se los agradezco con toda mi alma. Por eso, el día que la madre general, sor Reyes de María, me encargó que escribiera la biografía de la fundadora fue uno de los más felices de mi vida.

Esta biografía incluye, además de la vida de Santa Ángela, desde su nacimiento en la humilde calle de Santa Lucía, hasta su muerte,

acompañada por toda Sevilla, la beatificación y la canonización de Santa Ángela, acontecimientos que he tenido el honor de vivir como humilde plumilla.

La vida de sor Ángela aquí contada está dividida en capítulos que llevan el nombre de las prendas del hábito, tal y como las numeró y las definió la madre de los pobres. Hábito de parda estameña, la tela más basta, la de los pobres del siglo XIX, que en invierno parece liviano y en verano provoca calor solo con verlo. Hábito que conmueve, porque las mujeres que lo llevan han decidido renunciar a todo, no poseer nada, pedir limosna, vivir en pobreza absoluta para dar su vida a Dios en los pobres y enfermos en los que ven el rostro de Cristo. Y más si cabe en estos comienzos del siglo XXI, en los que la sociedad se mueve por las apariencias y el placer de lo inmediato, a golpe de clic.

Las hermanas de la Cruz nunca se han apartado de su carisma y de sus tradiciones. Los defendieron incluso después del Vaticano II, cuando las tacharon de antiguas por no cambiar sus hábitos. Anticuadas en sus costumbres, pero siempre a la vanguardia de la caridad, de la entrega a los pobres y enfermos, del apoyo a las mujeres y niñas.

Lo que se ve por fuera es lo que hay por dentro. Así de sencillo y así de difícil. Desprendimiento, entrega, volcarse en el Cristo enfermo y pobre. Dios inspiró e iluminó a sor Ángela con la sabiduría de la cruz que está llena de pobreza, de humildad, de obediencia, de fortaleza, de modestia, de pureza, del desprecio del mundo y de humillación, y que incluye los espíritus de mortificación y de devoción. Esa sabiduría que significa la perfecta imitación de Jesucristo crucificado.

Significado de las prendas que componen el santo hábito

1. Las alpargatas, el desprecio del mundo y la humillación.
2. La túnica interior, el espíritu de mortificación.
3. El hábito exterior, la pobreza.
4. El escapulario, la obediencia.
5. El cordón, la fortaleza.
6. La corona, el espíritu de devoción.
7. La toca, la modestia.
8. El velo blanco, la pureza.
9. El velo negro es la muerte completa que debe tener la hermana de votos perpetuos a todas las cosas humanas; es decir, la consumación de la víctima.
11. El crucifijo sobre el pecho, la perfecta imitación de una hermana con su divino esposo crucificado por su amor, que debe siempre estar aprendiendo las lecciones que le da en el calvario.
12. El anillo, el lazo que une al alma con su Dios por toda la eternidad.

La hermana vestida con el hábito completo representa la perfecta imitación de Nuestro Señor.

Y esta librea es la perfecta caridad de Dios, es decir, el amor de Dios y del prójimo; el más perfecto holocausto y la más perfecta muerte de sí misma, con la perseverancia hasta la muerte en las virtudes.¹

¹ N. del A.: Esta es la explicación que escribió Santa Ángela de las prendas del hábito y su significado. Está recogida en el Apéndice 1, textos complementarios de *Bosquejo biográfico de sor Ángela de la Cruz*, de hermana María del Salvador, páginas 764 y 765. El número 10 correspondía al manto que usaban las hermanas para ir por la calle, para recibir el sacramento de la penitencia y ante el Santísimo expuesto. Recordaba la prudencia que las hermanas deben tener en el trato con los seglares, el dolor que deben llevar a la confesión sacramental y el respeto y adoración que han de procurar ante el Señor expuesto en la eucaristía. En el Capítulo General de 17 de septiembre de 1989, las hermanas de la Cruz acordaron suprimir el manto para unificar su uso en toda la compañía de la Cruz ya que en algunos países estaba prohibido que lo llevarsen.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

LAS ALPARGATAS

El desprecio del mundo y la humillación

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Una niña pobre y muy especial

Angelita Guerrero González nació el 30 de enero de 1846 en el número 5 de la plaza de Santa Lucía, casi enfrente del Beaterio de la Santísima Trinidad, en un barrio fuera de las murallas de Sevilla. A los tres días, el 2 de febrero, festividad de la Candelaria, fue bautizada en la parroquia de Santa Lucía. Le pusieron por nombre María de los Ángeles, como su abuela paterna, como segundo nombre Martina, que era el santo del día, y por último, de la Santísima Trinidad.

Desde muy niña Santa Ángela de la Cruz fue piadosa y devota. Lo vivió en su casa, lo aprendió de sus padres, maestros cariñosos de vida y de fe. Fue su familia quien le enseñó la atención al prójimo, sobre todo a los pobres, y la limpieza, distintivo característico de todos los conventos del instituto de la Cruz y que sor Ángela recibió como herencia con el ejemplo diario de su madre.

Su familia era pobre, honrada y religiosa. El padre, Francisco Guerrero, de profesión cardador de lanas, nació en Grazalema, en la sierra de Cádiz, hijo de un labrador de ese pueblo y de Ángela Benítez, una muchacha de Ubrique. Con afán de prosperar se vino a Sevilla y se casó con Josefa González, una costurera nacida en Sevilla, pero con raíces en Arahál, de donde era su padre, Antonio González, y en Zafra, donde nació su madre, Juana Fernández.

Francisco y Josefa tuvieron catorce hijos, pero debido a la gran mortalidad infantil de la época solo les sobrevivieron seis, tres varones, José, Antonio y Francisco, y tres niñas, Joaquina, Ángela y Dolores. Durante unos años los dos trabajaron en el convento de la Santísima Trinidad, que luego ocuparían los Salesianos de Don Bosco. Francisco era el cocinero de los frailes trinitarios y Josefa, junto a su hija Joaquina, les lavaba y cosía la ropa.

Ángela desde sus primeros años de vida fue despierta, aprendía rápido. Era ocurrente, graciosa y muy piadosa. Ya en su niñez manifestaba unos profundos sentimientos religiosos. Un día su padre pidió a su madre monedas «de a cuarto», y Angelita, creyendo que hablaban de los mandamientos dijo rápida «el cuarto, honrar padre y madre».

Sus padres tenían predilección por ella, y así lo reconoció sor Ángela cuando ya era monja. También sus hermanos notaban esta preferencia. Un día, su padre llevó a la casa un nido de pájaros y su hermano Francisco lo quería para él, pero temió que a Angelita se le antojara y su padre se lo diera a ella. Por eso, le dijo al oído: «Como pidas el nido, te ahogo». La niña se echó a reír y permitió que su hermano se lo quedara.

Cuando Angelita era muy pequeña murió su padre², un hombre honesto, devoto, al que le gustaba leer libros religiosos. Josefa, la madre, cuidaba un altar de la parroquia de Santa Lucía y su casita pobre y reluciente de puro limpia era como una sucursal del templo. Ella era la madrina de los niños pobres del barrio. A las niñas les ponía Reyes, en honor a la patrona de Sevilla, y a los niños, José, por el Santo patriarca, sus devociones más queridas. Bondadosa, sencilla e inteligente, Josefa ponía en el mes de mayo un altar donde la familia y los vecinos rezaban diariamente el rosario para honrar a la virgen. Las imágenes de la Asunción de Nuestra Señora y de la virgen de los Dolores que tenía en su casa todavía las custodian y veneran las hermanas de la Cruz.

Josefa siempre fue espontánea y natural, incluso después de que su hija fundara las hermanas de la Cruz. Vestía como las mujeres pobres de su época con trajes de percal, muy bien almidonados y planchados y usaba pañuelos de los llamados «de sandía» que cubrían la espalda, los hombros y el talle y dejaban libre el escote. Una vez que fue al convento así vestida, su hija le puso un alfiler para cerrar un poco el escote y ella le dijo con una sonrisa:

Mira hija, tú sé todo lo buena y santa que quieras, pero no me ahogues, que con esto no ofendo a Dios.

Criadas en un ambiente de devoción no era extraño que las hijas de Josefa pasaran mucho tiempo en la parroquia de Santa Lucía, sobre todo Ángela. Cuando no sabían dónde estaba no tenían duda de dónde encontrarla: arrodillada a los pies de la imagen de la virgen de la Salud, muy querida en el barrio y que forma parte de la historia del instituto de la Cruz. Angelita solía pasar muchos ratos rezando

² Francisco Guerrero fue enterrado en el cementerio de Sevilla y años después sus hijas Joaquina y Angelita trasladaron sus restos a una capilla lateral de la iglesia de la Trinidad. Es imposible encontrar su tumba porque muchas manos de cal, debido seguramente a las epidemias, borraron su nombre de la lápida que le pusieron.

ante ella. La llamaba «madre». Luego iba por los altares santiguándose y tirándole besos a las imágenes. Sor Ángela lo contó un día a las hermanas:

Yo todo el tiempo que podía estaba en la iglesia, echándome bendiciones de altar en altar, como hacen las chiquillas.

También les refirió que su hermana Dolores nació un Viernes Santo y hasta el Domingo de Resurrección estuvo sin tomar el pecho y les decía con gracia:

Eso quieren achacármelo a mí, pero yo sé bien que fue mi hermana Dolores.

En su casa y en el barrio sabían lo religiosa que era Angelita, y la nobleza que demostraba al reconocer sus faltas y pedir perdón con humildad y arrepentimiento. Por eso nadie se sorprendió con lo que pasó con el carrero. Un día en la plaza se atascó un carro. El hombre que lo llevaba no conseguía sacarlo y se puso a decir palabras malsonantes y hasta blasfemó. Angelita se estaba peinando y al oírlo se puso a llorar con mucha pena por la ofensa al Señor. Su hermana Joaquina le dijo una mentira piadosa:

No te apures. No ha dicho lo que tú crees. El hombre solo ha dicho: «Dios quiera que salga pronto».

Entonces, por haberlo juzgado mal, Angelita, que estaba a medio peinar, salió disparada y se arrodilló ante el carrero:

Perdóneme buen hombre porque he hecho un mal juicio contra usted.

El carrero no entendió nada y Joaquina tuvo que explicarle que la niña había salido llorando porque él había blasfemado.

Otra anécdota que refleja su carácter y condición ocurrió en la escuela a la que iba. Era un colegio para niños pobres, lo que en Sevilla se llamaba una «miga». Solía ser una vivienda particular en la que se daba clases a los niños, que a veces hasta llevaban sus propias sillas desde sus casas. La maestra, o maestros, para ayudarse con el endeble jornal que ganaban, vendían caramelos que

a veces hacían hasta ellos mismos. A Angelita se le ocurrió decir a los niños:

No compréis caramelos que antes de venderlos los chupan.

Al momento se arrepintió de la broma, les dijo que los caramelos eran buenos y fue corriendo a contárselo a la maestra y a pedirle perdón.

En esa escuelita pobre, Ángela recibió escasa instrucción. Aprendió nociones de aritmética y de catecismo, a leer y a escribir, aunque con letra vacilante y faltas de ortografía. ¡Quién le iba decir todo lo que tendría que escribir en su vida como faro y guía de sus religiosas!

Con ocho años hizo Ángela su primera comunión. Ya era una niña muy religiosa que sentía un cariño especial por los pobres, tal y como había aprendido en su casa. Las monedas que recibía no las gastaba en caramelos, como habría hecho cualquier niño, sino que las daba a los necesitados y hasta compartía su merienda con los niños pobres del barrio. Antonio, uno de sus hermanos, cuando ya Ángela había fundado las hermanas de la Cruz, comentó que su hermana pequeña «se había empeñado desde chica en ser algo grande y lo había conseguido».

Todos los recuerdos de la infancia de Santa Ángela se guardan en la casita de la plaza de Santa Lucía, convertida en humilde y precioso relicario que las hermanas de la Cruz han conservado intacto. Para protegerla, hicieron un conventito pequeño donde en la actualidad vive una pequeña comunidad. La habitación donde nació es la capilla y allí se venera la pila bautismal de Santa Lucía donde fue bautizada, ya que esta parroquia fue desacralizada en 1868.

Dios tenía un proyecto para ella y eligió a Santa Ángela de la Cruz para iniciar un carisma nuevo en la iglesia que imita al Señor en la cruz. Una vida de cruz, de pobreza y humildad entregada a los pobres y enfermos y de aceptación total a la voluntad de Dios. Donde en el bajar está el subir, de negación a los ofrecimientos del mundo para vivir únicamente de Dios y por Dios viendo su rostro en todos los que sufren.



Es la primera foto que hay de sor Ángela, tenía entonces veintinueve años. Se tomó en diciembre de 1875, cuando se estrenaron los hábitos, en la casa de los marqueses de Casa León, padrinos del instituto. El reclinatorio se conserva en el cuarto de sor Ángela de la Casa Madre.



La imagen muestra la casita número 5 de la plaza de Santa Lucía, donde nació Ángela Guerrero en 1846. Ahora junto a ella hay un convento pequeño de las hermanas de la Cruz para conservarla con toda fidelidad.



Junto a la Parroquia de San Pedro y en la calle que le rotuló el Ayuntamiento republicano cuando murió, se encuentra el monumento que en 1966 Sevilla le dedicó a la Madre de los Pobres. Siempre tiene flores y velas.



Imagen del patio de la casa natal de Santa Ángela. Era un pequeño corral de vecinos, la vivienda del pueblo llano en esa época, que compartían varias familias.



Las hermanas de la Cruz conservan, en esta habitación de la casa natal de Santa Ángela, la pila de la parroquia de Santa Lucía donde fue bautizada a los tres días de nacer.



El pintor Juan Lafita hizo este conocido retrato de Santa Ángela de la Cruz ya en su madurez. Ha sido portada de varios libros dedicados a la fundadora del Instituto de la Cruz.



En los corrales de vecinos se compartía la cocina y los aseos. Con toda fidelidad se conserva la cocina de la casita natal. Como curiosidad, el pozo está partido por la mitad y las familias que allí vivían, como la de Santa Ángela, lo compartían con la casa contigua.



Estos dos azulejos se encuentran en el exterior de la casa natal de Santa Ángela, el primero referido a su nacimiento y el segundo a la beatificación.